

A la sombra del árbol pionero

Antonio García de León*

El explorador

La población negra de México. Estudio etnohistórico, obra clásica de Gonzalo Aguirre Beltrán que en 2006 cumplió 60 años de su primera edición, implica un acontecimiento de gran relevancia y convierte al autor en el supremo *babalawo* de las nuevas generaciones de africanistas mexicanos, que fue además uno de los fundadores de la antropología mexicana moderna y de los estudios indigenistas, teóricos y aplicados.

Aguirre Beltrán fue el gran constructor y artífice del tema de la presencia africana en México. La pasión que imprimió a su trabajo brota en todos sus textos y se transforma en una serie de lugares históricos que desembocan en una obra singular y polémica: una mezcla de antropología, historia y reconstrucción cultural, de seguro inseparable del hecho de haber nacido en Tlaxotalpan, un pueblo de la cuenca del Papaloapan situado en una región de paso del comercio colonial, teñida de pies a cabeza por el mestizaje.

Así, esta obra se ocupa de un tema que el autor construyó de manera global y etnohistórica, alrededor de los documentos que logró reunir con avidez –sobre todo en el Archivo General de la Nación–, para intentar dar una explicación coherente a la participación de la población africana en el mestizaje de Nueva España: lo cual le confirió a sus resultados un carácter único dentro del contexto de su época. A veces, a partir de una sola fuente, reconstruyó y dio sentido a toda una red de relaciones que terminaron por constituir hechos contundentes, a tal punto que el negro colonial de Aguirre Beltrán se convirtió en un personaje arquetípico de las historias

posteriores: “el negro esclavo de Nueva España”, imposible de imaginar sin las viñetas de Alberto Beltrán.

Su gran aporte, en todo caso, fue poner sobre la mesa un tema olvidado por el relato oficial de la historia construida después de la Independencia en aras de la construcción de una identidad nacional, basada sólo en el “esplendor del México antiguo” y en la “herencia española”: el mérito de haber evidenciado la existencia de los negros y “afromestizos” –como él los llamaba en los términos de la antropología integradora de su tiempo–, con lo cual sentó las bases iniciales de una corriente historiográfica que después se ocuparía del tema, aunque durante más de 30 años haya sido el “africanista solitario de México”, como lo llamó el venezolano Acosta Saignes. En este contexto, y como lo corrobora en un libro póstumo que conjuga nuevos ensayos (Aguirre, 1994), su trabajo inicial y fundador no se puede desligar de la atracción que sobre él ejercieron los estudios hechos en tres países donde la presencia africana es decisiva: Cuba, Brasil y Estados Unidos, pues es de allí de donde provenía su insistencia en la condición social de los esclavos. Así, en las páginas de *La población negra* no sólo aparecen los espectros culturales de varios grupos étnicos traídos a México desde el África subsahariana y a la fuerza, sino que también se pasean los fantasmas de los cubanos Fernando Ortiz, Manuel Moreno Fraginals y Julio Le Riverend; del anglocaribeño Eric Williams; de los brasileños Raimundo Nina Rodrigues y Arthur Ramos –contemporáneos de él y apasionados investigadores del tema en sus respectivos países–, y sobre todo la influencia directa de su maestro estadounidense Melville Herskovits, cuyas investigaciones, ubicadas en estos contextos de gran africanía, no dejaron de marcar los pasos ulteriores de nuestro pionero solitario.

* Investigador del Centro INAH Morelos (hom_shuk@hotmail.com)



Rosario Nava, *Guerrero*, México, 2002

Siempre he imaginado el libro de Aguirre Beltrán no sólo como el faro que ilumina la investigación de este tema en México, sino como algo que, como todas las obras clásicas, se encuentra en movimiento permanente, sometida a continuas interpretaciones. *La población negra de México* es una gran obra "interactiva" y "viva", en el sentido de que cada vez que se la lee revela nuevas pistas y ofrece imágenes novedosas. Ésta ha sido también una obra que con el paso de los años se ha convertido en un gran referente colocado en el camino de la investigación del tema, un inmenso baobab de cuya sombra es difícil escapar. Cuando los estudios africanistas se reanudaron en México hacia la década de 1970, y cuando varios historiadores más jóvenes se unieron a aquel patriarca solitario,¹ la obra de Aguirre Beltrán era ya un farallón ineludible desde cualquier punto del paisaje que uno se colocara. De este modo los trabajos posteriores empezaron refiriéndose a Aguirre Beltrán como el verdadero tótem de una tribu que seguiría por siempre sus pasos; algo que, por lo demás, le molestaba, como

¹ Su impulso fue continuado por la doctora Luz María Martínez Montiel, investigadora del INAH, quien en la década de 1960 y 1970 heredó la tarea solitaria del "afromexicanismo". Por fortuna hoy muchos investigadores mexicanos realizan aportes a la temática, como María Elisa Velásquez, Ethel Correa, Arturo Motta, Juan Manuel de la Serna y muchos más.

me lo confesó alguna vez en su refugio final de Jalapa, pues inhibía la búsqueda de nuevos caminos, nuevas fuentes y nuevas interpretaciones.

Los saldos

No hay que perder de vista que, después de aquel trabajo pionero y explorador, el conocimiento acerca de la participación afrodescendiente en el México colonial y contemporáneo ha tomado relevancia, pues se han unido a él muchos investigadores de diferentes tendencias y nacionalidades, por desgracia no exentos de prejuicios: algo que por lo general se olvida es que en los tres siglos coloniales la mayoría de los africanos y sus descendientes eran libres y sujetos a jornal, en tanto que los esclavos era un grupo particular. Al poner el énfasis en este último, por razones de densidad bibliográfica se tiende a aplicar los esquemas de la esclavitud ocurrida en el Caribe y Estados Unidos.

Por lo mismo, se requieren varios pasos para lograr una interpretación histórica en relación con los negros y mulatos esclavos y libres de Nueva España, y a la estructura económica del mundo colonial en toda su diversidad, así como en los distintos momentos de integración a la economía mundial. Sin embargo, la nueva oleada de

estudios acerca del tema, desatada a partir de la década de 1980 entre mexicanos, estadounidenses y europeos, se caracteriza por estar a menudo limitada a estudios de caso particulares, a contextos regionales específicos o a giros temáticos aislados de las realidades históricas generales. Al tomar del maestro apreciaciones aisladas sobre la “esclavitud” o la “magia”, no obstante se carece de la visión global y de conjunto pretendida en origen por el trabajo pionero –y a cuya sombra se realizaron los siguientes–, o en muchos casos se deriva en interpretaciones sesgadas o forzadas a causa del ruido que introduce en la investigación la ineludible construcción de las nuevas identidades regionales y étnicas.

Esta reinterpretación es necesaria en función de romper muchos de los mitos que se han conformado en los últimos años –algunos derivados de una lectura parcial del mismo trabajo del maestro– y ayudaría a plantearse rutas de investigación a partir de un replanteamiento de la diáspora forzada africana y la forma como ésta se insertó en el complejo México colonial. Las variables históricas que hoy habría que considerar para evaluar la cuestión de la esclavitud y de la presencia de la población de origen africano en Nueva España son muchas, sobre todo porque la diversidad de nuevos conocimientos sobre el mundo colonial es amplísima y por completo distinta a lo que era hace 60 años. Aquí sólo quiero referirme a algunas.

En principio, habría que decir que en Nueva España –y a diferencia del Caribe, Brasil y Estados Unidos– la trata de esclavos nunca alcanzó niveles de consideración y declinó para siempre desde mediados del siglo xvii, antes de que se iniciara el periodo más alto de importaciones a las primeras tres regiones mencionadas arriba. Como se apreciar en un gráfico elaborado por Fogel y Engerman en su clásico *Tiempo en la cruz* (1981: 10-16), de los nueve millones 735 mil esclavos introducidos según ellos al Nuevo Mundo, poco más de seis millones entraron en el siglo económico que abarca de 1701 a 1810, es decir, cuando las introducciones casi habían cesado en Nueva España.

Sin embargo, lo que distinguió en particular a Nueva España de la mayoría de las colonias americanas durante el periodo colonial fue la conformación de una economía muy diversificada y autosuficiente, donde la esclavitud, si bien sólo se justifica en términos económicos, nunca fue tampoco un proyecto central ni el núcleo de las diversas formas de explotación de la fuerza de trabajo empleada aquí, sino que fue una forma empleada de modo aleatorio para llenar los espacios donde la

población indígena más o menos libre, que era la principal fuerza de trabajo existente, no se hallaba presente o había disminuido de manera drástica. Esto marca la primera diferencia con los países que eran enclaves de plantación y dependían en exclusiva de la mano de obra esclava de origen africano para su desarrollo.

Además, la complejidad del sistema económico del México colonial y las características distintivas de este virreinato no habían sido puestas en claro en la historiografía del siglo pasado –mucho menos hace 60 años–, ya que entonces predominaban las variables de la “teoría de la dependencia”, las cuales partían de un modelo bastante simplista de relación desigual y unívoca de metrópoli-colonia que impedía ver las sutilezas impuestas por el comercio interregional, la autonomía creciente de las élites criollas y la autosuficiencia productiva de muchas regiones. En las economías de plantación y en los enclaves monoprodutores que prosperaron en el Caribe, Brasil y Estados Unidos el esclavo era una inversión pura, parte del capital constante de una plantación, y como tal era tratado. Por el contrario, en los complejos virreinos de México y Perú –es decir, en la mayor parte de la tierra firme americana colonizada por la corona española–, un gran número de los esclavos se hallaba fuera del modelo productivo primario y eran objetos de lujo del sector “terciario” de servicios públicos y domésticos, si bien en la segunda o tercera generación se logró la liberación de la mayoría de sus descendientes. Esto implica una diferencia fundamental y explica por qué, sobre todo después de 1701, la mayor proporción de esclavos fue introducida a los países que desarrollaron el modelo de plantación exportadora.

En el conjunto de la trata, para dar una sola idea de esta diferencia, Nueva España sólo representó, si tomamos como ciertas las cifras de Curtin (1969) y de Fogel y Engerman (1981), 1.07% de la totalidad de las introducciones, mientras que el conjunto de las colonias españolas en América alcanzó 17%, con todo y que Cuba y Puerto Rico, después de 1770, se integraron también a la “revolución de las plantaciones intensivas”, como la ha llamado Sheridan, y aumentaron sus introducciones forzadas, que cesaron hacia 1870 con la abolición de la esclavitud.

Si intentamos un breve recuento de las importaciones de esclavos para tener una idea muy general y provisional, veríamos que las concesiones dadas a los genoveses y a algunos particulares antes de 1580 introdujeron a Nueva España una cantidad creciente de

esclavos bozales, hasta casi 20 mil en entradas esporádicas, la mayor parte de ellos proveniente de Guinea y Cabo Verde, así como algunos “negros criollos” de la península ibérica. Estas primeras introducciones forzadas se hallaban destinadas a alimentar las necesidades laborales de las primeras plantaciones azucareras y a los reales de minas en el avance colonizador hacia el norte. Los “asientos” portugueses, durante los 50 años de labor de su factor en Veracruz (1590-1640), introdujeron de manera oficial el contingente más grande, alrededor de 70 mil, sobre todo del Congo y Angola, sin contar las entradas de contrabandos.² En la segunda mitad del xvii y hasta 1713 –según los registros de Sevilla–, los asentistas españoles, holandeses, franceses e italianos³ importaron alrededor de 10 mil individuos, primordialmente criollos del Caribe español, destinados a cubrir ciertas áreas de la economía afectadas por la depresión comercial de aquel siglo.

Desde 1700 la Real Compañía de Guinea –o del Senegal– introdujo más de siete mil, mientras que la Real Compañía de Inglaterra –South Sea Co.–, el último gran asentista autorizado, vendió no más de tres mil en poco más de cuatro décadas, en su mayoría del Caribe inglés –sobre todo de Jamaica– y algunos de Costa de Oro y Whydah –en África occidental–. Las introducciones posteriores, a cargo de la Compañía Gaditana de Negros y de otras firmas de particulares, no tuvieron ya una gran importancia, debido a la contracción de la demanda del mercado local. Así, y en resumen, diremos que según Colin Palmer (1976: 28) el total de esclavos importados a Nueva España en ese periodo de tres siglos llegó a los 110 mil 525 individuos, lo cual representa, precisamente, sólo un poco más de 1% de las introducciones totales al Nuevo Mundo.

En el México colonial esta presencia se caracterizó sobre todo por una más exitosa integración social que en los países donde se desarrolló una economía de plantación orientada al mercado mundial. El resultado fue que, si bien durante el siglo xvii esta población fue la segunda en importancia –mucho después que

los indios–, para finales del periodo colonial apenas representaba 10% de la población total, aun cuando la mayoría de la población mestiza tenía, en función del crecimiento natural interno de la población, en mayor o en menor medida, algún antepasado de origen africano. Así, la apreciación de Humboldt al minimizar la esclavitud africana en México, la cual tanto molestó a Aguirre Beltrán, se ubica en una realidad colonial tardía y adquiere sentido si consideramos que desde el siglo xvii la mayor parte de los clasificados como “negros y mulatos” eran libres, integrados a varios oficios y actividades, a la defensa militar y contribuyentes cautivos del sistema tributario de la Real Hacienda.

Es muy claro además que si tomamos el conjunto del periodo virreinal, la esclavitud de los africanos en Nueva España nunca fue económicamente rentable, debido a las mismas condiciones impuestas por el particular crecimiento económico y a un proceso inevitable de rentabilidad decreciente que terminó por volver obsoleta a esta injusta institución. Por el contrario, por encima de sus ruinas se erigió un mundo socialmente abigarrado, donde los esclavos y sus descendientes interactuaban en muy diferentes niveles y formas. Para finales del siglo xvii, y con la excepción de algunos pequeños enclaves azucareros que surtían el mercado interior, los esclavos resultaban más caros que los jornaleros y los peones “acasillados”, por lo que la esclavitud se desmoronó y desagregó por todas partes.

En cuanto al trabajo en las minas, ubicadas en el norte y donde la esclavitud funcionó más o menos durante los primeros 100 años de colonización, varios estudios, como el de Bakewell (1997) sobre Zacatecas, demuestran que también era obsoleta desde la segunda mitad del xvii (véanse sobre todo las conclusiones de Bakewell, 1976). Aquí vale la pena mencionar el comentario de un factor de la compañía inglesa South Sea Co., que en 1718 atribuía la escasa demanda de esclavos, la cual hacía innecesaria la presencia de la compañía en México, “al vasto número de indios tributarios que en el Reino de la Nueva España abundan y quienes ejecutan todas las labores a muy bajo costo” (*apud* Aguirre, 1946).

Otro aspecto digno de tomarse en cuenta en la historia global de la colonización de la América española –y muy en particular en México– es que la política de la corona hacia el interior de sus colonias no sólo se basó en la represión, sino principalmente en la manipulación, el manejo político y el control de los conflictos entre las clases y los grupos sociales, al permitir que la corona y sus representantes locales mantuvieran el

² Es decir, un promedio anual de 1 166 “cabezas” (véanse Aguirre, 1946; Curtin, 1969; Ngou-Mvé, 1994; Vila, 1977).

³ Aquí destaca el asiento de la compañía de Grillo y Lomelín, uno de cuyos socios principales, Agustín Lomelín, fue ajusticiado por los 300 esclavos “bozales” del río Congo, a los que conducía personalmente a México. El motín ocurrió en La Rinconada, Veracruz, en octubre de 1669, y dio lugar al levantamiento del “rey” Mbomba, que terminó por diluirse años después en las montañas de Actopan, en el lugar hoy conocido como “Rincón de Negros”. Se trata de un episodio poco difundido del cual hemos encontrado testimonios en el Archivo General de Indias de Sevilla.



Rosario Nava, *Mujer cocinando*, México, 2003

poder por encima de la discordia social y alimentándose de ella. Por lo mismo, la corona jamás favoreció la homogeneidad, sino en todo caso la más absoluta diversidad –expresada en el famoso “sistema de castas”– para imponer sobre la sociedad colonial en conjunto la fuerza indiscutible del poder central.⁴

Los intereses enfrentados de criollos y gachupines, de indios y mestizos, de mulatos y negros, ponían en un delicado ejercicio de equilibrio al sistema entero, pero favorecerían la legitimidad absolutista de la corona. Por lo mismo, esta situación obligaba no sólo al aplastamiento de las rebeliones y las revueltas, sino también a la negociación. Si a la falta de integración del esclavo en un sistema único, a ser parte de una minoría y a hallarse bajo estas condiciones políticas unimos la revuelta y la resistencia, la suma de factores nos explicaría por qué, por ejemplo, las dos principales revueltas cimarronas –originadas en la cuenca azucarera de Veracruz (la de Yanga a principios del xviii y la de Macute y otros líderes un siglo después)– terminaron negociándose y produjeron un relativo triunfo de los sublevados: ser liberados, respetados como grupo y reducidos a pueblo: San Lorenzo de los Negros en el primer caso (1613) y Santa María Guadalupe de los Morenos de Amapa en el

segundo (1769). Al mismo tiempo, y eso es lo que por lo común se olvida, es que estos resultados negociados aseguraron en varias regiones el control estatal.

Asimismo, si uno penetra con la lupa puesta sobre las políticas españolas de poblamiento en torno a minas y puertos, verá con mucha claridad la existencia de una población libre, en su mayoría de negros y mulatos, que fue parte de un poblamiento inducido, de una política deliberada y destinada a fijar una reserva laboral y agrícola que permitiera dinamizar estas regiones clave para el funcionamiento del sistema en su conjunto y como parte de la seguridad y la defensa militar. Es decir, al convertirla en una población integrada a los intereses y a la estructura del Estado colonial.

Así, con la excepción de algunos núcleos descendientes de negros cimarrones, fueron ignorados por el Estado colonial e independiente –como las actuales comunidades de la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca–. En México los afrodescendientes casi nunca formaron grupos separados en el campo ni en la ciudad: en todo caso la tendencia fue hacia la integración étnica, racial y social en los amplios sectores marginados que la administración colonial llamaba “castas”, los cuales ocupaban un estrato intermedio entre los “indios” y los “españoles”. Esto se puede constatar con toda claridad en muchos de los documentos disponibles, en particular los de finales del periodo colonial.

⁴ Por eso, en México, los regímenes de Porfirio Díaz y del pri serían los mejores herederos de esas formas de control estatal y de mantenimiento de la paz social.



Rosario Nava, *Zafra*, Veracruz, México, 2002

Para concluir, me parece que la herencia de Gonzalo Aguirre Beltrán la podremos usar de la mejor manera cuando dejemos de considerar a su obra como la última palabra. Creo que el deseo del maestro sólo consistió en plantar en México la necesidad de estudiar una parte fundamental de nuestras raíces como pueblo, y que su trabajo pionero era una guía inicial a partir de la cual ya podemos comenzar a profundizar a la luz de éstas y muchas otras posibilidades. Insisto en esto porque, de seguir usando el libro clásico de Aguirre Beltrán como la única guía, lo más posible es que hagamos generalizaciones a partir de una o muy pocas fuentes documentales o que, dada la importancia que le confiere en su libro al estudio de las regiones africanas y a los orígenes tribales –por razones de información–, se constituyan, como muchas veces ocurre, en un método que distorsione la evaluación del conjunto, de los procesos sociales ocurridos en la colonia y del justo peso que esta población tuvo en los orígenes del país, convertido en Estado-nación desde 1821.

Nuestra obligación y el mejor homenaje al maestro consistirán en desarrollar el reto que su trabajo nos heredó: la necesidad de contextualizar, de conferirle un sentido novedoso a las fuentes y de darle a la historia un carácter lo más alejado posible de las visiones victimistas, maniqueas o dependientes de las moder-

nas ideologías y de la nueva construcción, muchas veces artificial, de las identidades. Si la visión criolla de la historia de México había negado de manera absoluta la presencia del factor africano, nada ganamos al colocarnos en la posición de magnificarlo en exceso. El aporte de Aguirre Beltrán es valioso porque se basa en fuentes, en dudas, en conjeturas y en otras posibilidades de interpretación: sigamos ese camino aunque nos alejemos un poco de la sombra del árbol pionero.

Bibliografía

- Aguirre Beltrán, Gonzalo, *La población negra de México. Estudio etnohistórico*, México, FCE, 1946 [aumentada en 1972].
—, *El negro esclavo en Nueva España. La formación colonial, la medicina popular y otros ensayos*, México, FCE, 1994.
Bakewell, P. J., *Minería y sociedad en el México colonial. Zacatecas (1546-1700)*, México, FCE, 1997 [1976].
Curtin, Philip D., *The Atlantic Slave Trade. A Census*, Madison, University of Wisconsin, 1969.
Fogel, Robert W. y Stanley L. Engerman, *Tiempo en la cruz. La economía esclavista en los Estados Unidos*, Madrid, Siglo XXI España, 1981.
Ngou-Mvé, Nicolas, *El África bantú en la colonización de México (1595-1640)*, Madrid, csic, 1994.
Palmer, Colin A., *Slaves of the White God. Blacks in Mexico, 1570-1650*, Cambridge, Harvard University Press, 1976.
Vila Vilar, Enriqueta, *Hispanoamérica y el comercio de esclavos*, Sevilla, EEHS, 1977.